

Horacio Quiroga

El hombre muerto



E LEJANDRIA

**Libro descargado en www.elelandria.com, tu sitio web de obras
de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

EL HOMBRE MUERTO

Horacio Quiroga

El hombre y su machete acababan de limpiar la quinta calle del bananal. Faltábanles aún dos calles; pero como en éstas abundaban las chircas y malvas silvestres, la tarea que tenían por delante era muy poca cosa. El hombre echó, en

consecuencia, una mirada satisfecha a los arbustos rozados y cruzó el alambrado para tenderse un rato en la gramilla. Mas al bajar el alambre de púa y pasar el cuerpo, su pie izquierdo resbaló sobre un trozo de corteza desprendida del poste, a tiempo que el machete se le escapaba de la mano. Mientras caía, el hombre tuvo la impresión sumamente lejana de no ver el machete de plano en el suelo.

Ya estaba tendido en la gramilla, acostado sobre el lado derecho, tal como él quería. La boca, que acababa de abrirsele en toda su extensión, acababa también de cerrarse. Estaba

como hubiera deseado estar, las rodillas dobladas y la mano izquierda sobre el pecho. Sólo que tras el antebrazo, e inmediatamente por debajo del cinto, surgían de su camisa el puño y la mitad de la hoja del machete, pero el resto no se veía.

El hombre intentó mover la cabeza en vano.

Echó una mirada de reojo a la empuñadura del machete, húmeda aún del sudor de su mano.

Apreció mentalmente la extensión y la trayectoria del machete dentro de su vientre, y adquirió fría, matemática e inexorable, la seguridad de

que acababa de llegar al término de su existencia. La muerte. En el transcurso de la vida se piensa muchas veces en que un día, tras años, meses, semanas y días preparatorios, llegaremos a nuestro turno al umbral de la muerte. Es

la ley fatal, aceptada y prevista; tanto, que solemos dejarnos llevar placenteramente por la

imaginación a ese momento, supremo entre todos, en que lanzamos el último suspiro. Pero entre el instante actual y esa postrera expira-

ción, ¡qué de sueños, trastornos, esperanzas y dramas presumimos en nuestra vida! ¡Qué nos reserva aún esta existencia llena de vigor, antes de su eliminación del escenario humano! Es éste el consuelo, el placer y la razón de nuestras divagaciones mortuorias: ¡Tan lejos está la

muerte, y tan imprevisto lo que debemos vivir aún! ¿Aún...?

No han pasado dos segundos: el sol está exactamente a la misma altura; las sombras no han avanzado un milímetro. Bruscamente, acaban de resolverse para el hombre tendido las divagaciones a largo plazo: se está muriendo. Muerto. Puede considerarse muerto en su cómoda postura. Pero el hombre abre los ojos y mira.

¿Qué tiempo ha pasado? ¿Qué cataclismo ha sobrevivido en el mundo? ¿Qué trastorno de la naturaleza trasuda el horrible acontecimiento?

Va a morir. Fría, fatal e ineludiblemente, va a morir.

El hombre resiste —¡es tan imprevisto ese

horror! y piensa: es una pesadilla; ¡ésto es!

¿Qué ha cambiado? Nada. Y mira: ¿no es acaso

ese el bananal? ¿No viene todas las mañanas a

limpiarlo? ¿Quién lo conoce como él? Ve per-

fectamente el bananal, muy raleado, y las an-chas hojas desnudas al sol. Allí están, muy cer-

ca, deshilachadas por el viento. Pero ahora no

se mueven... Es la calma del mediodía; pero

deben ser las doce. Por entre los bananos, allá

arriba, el hombre ve desde el duro suelo el te-

cho rojo de su casa. A la izquierda entrevé el

monte y la capuera de canelas. No alcanza a ver

más, pero sabe muy bien que a sus espaldas

está el camino al puerto nuevo; y que en la di-

rección de su cabeza, allá abajo, yace en el fon-do del valle el Paraná dormido como un lago.

Todo, todo exactamente como siempre; el sol

de fuego, el aire vibrante y solitario, los bananos inmóviles, el alambrado de postes muy

gruesos y altos que pronto tendrá que cam-

biar...

¡Muerto! ¿pero es posible? ¿no es éste uno de los tantos días en que ha salido al amanecer de su casa con el machete en la mano? ¿No está allí mismo con el machete en la mano? ¿No está allí mismo, a cuatro metros de él, su caballo, su malacara, oliendo parsimoniosamente el alambre de púa? ¡Pero sí! alguien silba. No puede ver, porque está de espaldas al camino; mas siente resonar en el puentecito los pasos del caballo... Es el muchacho que pasa todas las mañanas hacia el puerto nuevo, a las once y media. Y siempre silbando... Desde el poste descascarado que toca casi con las botas, hasta el cerco vivo de monte que separa el bananal del camino, hay quince metros largos. Lo sabe perfectamente bien, porque él mismo, al levantar el alambrado, midió la distancia.

¿Qué pasa, entonces? ¿Es ése o no un natural mediodía de los tantos en Misiones, en su monte, en su potrero, en el bananal ralo? ¡Sin duda!

Gramilla corta, conos de hormigas, silencio, sol a plomo... Nada, nada ha cambiado. Sólo él es

distinto. Desde hace dos minutos su persona, su personalidad viviente, nada tiene ya que ver

ni con el potrero, que formó él mismo a azada,

durante cinco meses consecutivos, ni con el

bananal, obras de sus solas manos. Ni con su

familia. Ha sido arrancado bruscamente, naturalmente, por obra de una cáscara lustrosa y un

machete en el vientre. Hace dos minutos: Se

muere.

El hombre muy fatigado y tendido en la gra-

milla sobre el costado derecho, se resiste siem-

pre a admitir un fenómeno de esa trascenden-

cia, ante el aspecto normal y monótono de

cuanto mira. Sabe bien la hora: las once y me-

dia... El muchacho de todos los días acaba de

pasar el puente.

¡Pero no es posible que haya resbalado..! El

mango de su machete (pronto deberá cambiarlo

por otro; tiene ya poco vuelo) estaba perfecta-

mente oprimido entre su mano izquierda y el alambre de púa. Tras diez años de bosque, él sabe muy bien cómo se maneja un machete de monte. Está solamente muy fatigado del trabajo de esa mañana, y descansa un rato como de costumbre. ¿La prueba..? ¡Pero esa gramilla que entra ahora por la comisura de su boca la plantó él mismo en panes de tierra distantes un metro uno de otro! ¡Ya ése es su bananal; y ése es su malacara, resoplando cauteloso ante las púas del alambre! Lo ve perfectamente; sabe que no se atreve a doblar la esquina del alambrado, porque él está echado casi al pie del poste. Lo distingue muy bien; y ve los hilos oscuros de sudor que arrancan de la cruz y del anca. El sol cae a plomo, y la calma es muy grande, pues ni un fleco de los bananos se mueve. Todos los días, como ése, ha visto las mismas cosas.

...Muy fatigado, pero descansa solo. Deben de haber pasado ya varios minutos... Y a las doce

menos cuarto, desde allá arriba, desde el chalet de techo rojo, se desprenderán hacia el bananal

su mujer y sus dos hijos, a buscarlo para almor-

zar. Oye siempre, antes que las demás, la voz

de su chico menor que quiere soltarse de la mano de su madre:
¡Piapiá! ¡ Piapiá!

¿No es eso... ? ¡Claro, oye! Ya es la hora. Oye

efectivamente la voz de su hijo... ¡Qué pesadi-

lla...! ¡Pero es uno de los tantos días, trivial co-

mo todos, claro está! Luz excesiva, sombras amarillentas, calor silencioso de horno sobre la carne, que hace sudar al malacara inmóvil ante

el bananal prohibido.

.. Muy cansado, mucho, pero nada más.

¡Cuántas veces, a mediodía como ahora, ha cruzado volviendo a casa ese potrero, que era capuera cuando él llegó, y antes había sido monte virgen! Volvía entonces, muy fatigado también, con su machete pendiente de la mano izquierda, a lentos pasos. Puede aún alejarse con la mente, si quiere; puede si quiere abandonar un instante su cuerpo y ver desde el te-

jamar por él construido, el trivial paisaje de

siempre: el pedregullo volcánico con gramas

rígidas; el bananal y su arena roja: el alambrado empequeñecido en la pendiente, que se acoda

hacia el camino. Y más lejos aún ver el potrero, obra sola de sus manos. Y al pie de un poste descascarado, echado sobre el costado derecho

y las piernas recogidas, exactamente como to-

dos los días, puede verse a él mismo, como un

pequeño bulto asoleado sobre la gramilla —

descansando, porque está muy cansado.

Pero el caballo rayado de sudor, e inmóvil de

cautela ante el esquinado del alambrado, ve

también al hombre en el suelo y no se atreve a

costear el bananal como desearía. Ante las vo-

ces que ya están próximas —¡Piapiá!— vuelve

un largo, largo rato las orejas inmóviles al bulto: y tranquilizado al fin, se decide a pasar entre el poste y el hombre tendido que ya ha descansado.

**¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!**

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web